

**Rubén Abella**  
Un día de fiebre



menos**cuarto**

© Rubén Abella  
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2026

ISBN: 978-84-19964-45-8  
Dep. Legal: P-54/2026

Diseño de colección: Echeve  
Ilustración de cubierta: © Rubén Abella  
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)  
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S.L.  
C/ Italia, 49  
34004 PALENCIA (España)  
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250  
correo@menoscuarto.es  
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

*Dicen que la tierra tuvo fiebre y tembló.*

WILLIAM SHAKESPEARE

*Pero era incomparablemente peor no atreverse.*

HENRY ROTH



Senén, el nuevo y yo estamos sentados con los auriculares puestos frente a las consolas y el *videowall* de ocho pantallas. No hace ni seis días que me caí de la escala rescatando a una mujer en un incendio. Olga dice que es pronto para reincorporarme y puede que tenga razón porque me sigue doliendo la cadera. Mis convalecencias son cada vez más largas —los años no perdonan—, pero ¿qué le voy a hacer si me gusta mi trabajo, si duermo mejor sabiendo que he ayudado a la gente? Sentirse inútil es lo peor que le puede pasar a un bombero, tenga la edad que tenga. Bueno, a un bombero y a cualquiera. Se me debe de notar en la cara que aún no estoy bien del todo. Nada más verme entrar en el parque esta tarde, el jefe me ha mandado directo a la sala de control en vez de con mi unidad. «¿Qué prisa tenías, Paco?», me ha dicho. Yo prefiero estar sobre el terreno, pero no me quejo: esto es mejor que hacer puzles o ver la tele en el sillón.

Senén está disperso. Hoy —lunes 23 de febrero de 2015— tendrían que haber salido los resultados de las pruebas a suboficial que hizo en enero y no para de consultar el tablón electrónico del Ayuntamiento en su ordenador.

El nuevo procesa un aviso del 112 mientras hojea la revista de culturismo que tiene abierta junto al teclado. Desde mi puesto alcanzo a leer un titular: «Pectorales fuera de serie». Hay muchos hombres musculosos en el parque —en los últimos tiempos ser un hércules es casi un requisito para entrar en el cuerpo—, pero lo suyo llama la atención. Tiene los hombros como montañas, el cuello compacto, los bíceps tan inflados que no le caben en las mangas del uniforme.

—Salgo a estirar las piernas —digo.

El dolor no me da tregua y necesito moverme un poco, pero no llego a despegarme de la silla. Aún no me he quitado los auriculares cuando la sala se pone a temblar. Vibran las paredes, el suelo, la mesa. Parpadean las pantallas y los fluorescentes del techo. Por un momento pienso que soy yo, que me está dando un mareo. «En cuanto se me pase, me voy a casa», me digo. Entonces la ventana se agita como si quisiera salirse del marco y me doy cuenta de que es un terremoto. Durante casi medio minuto, todo lo que hay de sólido en la sala —las consolas, las sillas, los monitores, nosotros— trepida y cruje y pierde su contorno. Cuando por fin cesan las sacudidas, nos miramos los tres con la boca abierta, asombrados de que el edificio siga en pie.

El caos se desata antes de que podamos hacer ningún comentario. Entran tantas incidencias que las líneas se taponan. Hay de todo: una acera levantada, un ascensor atascado entre dos pisos, una marquesina de autobús rota, un edificio con grietas, un semáforo caído. Varias pantallas del *videowall* se combinan para formar un callejero de Madrid repleto de puntos rojos. Trabajamos a tientas, sin saber con

seguridad a qué nos enfrentamos, hasta que Emergencias nos envía datos fiables del seísmo. Se ha originado a catorce kilómetros de profundidad en el pueblo ciudadrealdeño de Ossa de Montiel. Su intensidad inicial de 5,9 puntos en la escala de Richter se ha ido debilitando al propagarse por Castilla-La Mancha, Murcia y Valencia. Aquí ha llegado con una fuerza de 5,1 puntos: insuficiente para causar una catástrofe, pero más que de sobra para sembrar el miedo.

La sospecha de que pueda haber daños en las vías hace que durante un rato los trenes y el metro circulen a medio gas. En las pantallas vemos que el tráfico rodado, notorio por su impaciencia, se ralentiza también por temor a que la tierra tiemble de nuevo. Solo las ambulancias y nuestros camiones transitan por la ciudad con la prisa de siempre, haciendo aullar las sirenas, atendiendo llamadas de socorro que, por lo general, se quedan en el susto. Además del tráfico, vemos a la gente hablando en la calle. Gesticulan, señalan aquí y allá, se cuentan —imagino— sus versiones del temblor.

Entre urgencia y urgencia, llamo a Olga por el móvil. Lo coge en el primer tono, como si estuviera esperando mi llamada. Me dice con el asombro aún pegado a la voz que han saltado los plomos y se ha caído el ficus del cuarto de estar.

—Se ha puesto todo perdido de tierra.

—¿No hay luz?

—Sí, pero el microondas no funciona.

—Luego lo miro.

—¿Tú cómo estás?

Llevamos tantos años casados que ya no sé —ni me importa— dónde acabo yo y empieza ella. Cuando uno de los dos se vaya, el otro languidecerá a propósito en un tiempo récord para poder seguir juntos en el más allá. Somos esa clase de pareja. Con mucho sacrificio hemos sacado adelante a tres hijos varones que hoy viven sus propias vidas —felizmente, creemos— lejos de Madrid. Aunque nos hemos ganado a pulso la calma y, sobre todo, la intimidad casi olvidada de que disfrutamos desde que se fue el último, mentiría si dijera que no estamos sufriendo el síndrome del nido vacío. Extrañamos tanto a nuestros chicos que, según Olga, estamos más pendientes de ellos ahora que antes de que se independizaran. Y ya verás cuando lleguen —porque los dos esperamos que lleguen— los nietos. Mientras pienso qué responderle, miro a mis compañeros, a la pantalla llena de luces rojas, al piloto que parpadea de nuevo en mi consola. «Perdido de tierra», repito para mí mientras me vuelvo hacia la ventana buscando en esas palabras un mensaje oculto que no encuentro, algo a lo que asirme para no tener que pensar que un suspiro de la tierra ha podido destrozar el mundo que Olga y yo hemos tardado tanto tiempo en construir.

—Esto es de locos —dice Senén sin apartar la vista de su monitor.

Se está haciendo de noche. El nuevo —tengo que preguntarle cómo se llama— se levanta y enciende la luz. Hasta la sala, atenuado por el cristal milagrosamente ileso, llega el aullido de los camiones que salen del patio. «De locos», me digo y, aunque la cadera me está matando, respondo a Olga que bien.

## II

Primero los oyó dormida: tres golpes secos que en su sueño adoptaron la forma de una maza chocando contra el parche de un tambor. Al oírlos otra vez, abrió los ojos y por un instante, en medio de la oscuridad, saboreó el placer de ignorar dónde estaba. La realidad se le impuso con una crudeza que, incluso en su confusión, le pareció cruel. «No, por favor», susurró. «¿Hasta cuándo va a durar este infierno?»

—Voy —dijo, pero no le dio tiempo a moverse de la cama.

La cerradura de la puerta cedió y el pasador, flojo por las irrupciones de otras noches, saltó con un crujido. La puerta se abrió con tanto ímpetu que las bisagras no rechinaron como de costumbre. Después de trazar un semicírculo incompleto, la hoja de aglomerado chocó contra una esquina de la mesa de estudio. Beatriz se incorporó en la cama mientras la habitación se llenaba de voces. Entornó los ojos para protegerse del brillo repentino de la lámpara del techo. A través del resplandor vio el flexo volcado sobre los apuntes de Estadística, el libro de Cálculo sobresaliendo en la mesa, los rotuladores de subrayar esparcidos por el suelo.

—Levántate, Bollito.

Cuando se hubo acostumbrado a la luz, Beatriz reconoció con desmayo a las cinco veteranas que llevaban haciéndole la vida imposible desde el inicio del curso. Al resto de las novatas las habían dejado en paz pasadas unas semanas, al llegar los primeros parciales. Con ella habían seguido empleándose a fondo porque durante una sesión de novatadas, después de hacerle rescatar monedas con la boca en la taza del váter y pringarle el pelo de huevo y harina, se había negado a chupar el plátano que una de las veteranas había insertado en la bragueta de su propio novio. «¿Qué pasa, tía? ¿No te gusta el plátano de mi Róber?», había protestado Dafne, la veterana, fingiendo sentirse ofendida. Al borde del llanto, con la masa de huevo y harina haciéndosele costra en el rostro, Beatriz había respondido que por ahí no pasaba. Dejaron que se saliera con la suya, pero, como represalia, a partir de entonces elevaron la frecuencia y la dureza de las vejaciones. Le metieron un embudo en la boca y vertieron vino de tetrabrik hasta que casi se ahoga. La hicieron ducharse con agua fría y correr desnuda y tiritando por el patio, a la vista de todo el colegio mayor. La obligaron a tomar una cucharada de vómito.

—Basta, por favor —suplicó a Belén, la veterana que le había hablado.

—He dicho que te levantes, Bollito —respondió Belén e, inclinando la cabeza hacia atrás hasta casi perder el equilibrio, dio un trago de la botella de Jack Daniel's que llevaba agarrada del cuello.

—No me llames así.